

Solidaridad familiar e intercambio generacional en contexto urbano

POR
ANA MARÍA RIVAS

El contenido de este artículo forma parte de un trabajo más amplio que vengo desarrollando hace un año en un barrio obrero de Madrid, cuyo objetivo es analizar el impacto de los cambios tecnológicos y de la estructura laboral en la ideología, el código normativo y el modo de vida de los trabajadores, a través de las vivencias y experiencias de tres generaciones: padres, hijos y nietos. En esta comunicación me voy a referir especialmente al ámbito del parentesco, en el que se desarrolla una red de intercambios formales e informales de bienes y servicios que hacen de las relaciones familiares un mecanismo neutralizador de conflictos y tensiones, al proveer a sus miembros de los medios suficientes para mejorar, conservar o asegurar su posición social, evitando así la reducción del nivel de vida y el descenso en la escala social.

La elección del universo de observación, el barrio seleccionado, reúne tres de las características que los antropólogos y sociólogos que han estudiado ambientes obreros en Inglaterra, Young & Willmot (1957), Firth (1956), y en Francia, Chamboredon & Lemaire (1970), Verret (1979), Schwartz (1990), consideran rasgos específicos y distintivos de los barrios obreros tradicionales. El primero de estos rasgos es la estructura trigeracional de abuelos/hijos/nietos, frente a los barrios nuevos de clase media en donde la estructura característica es la bigeneracional, padres/hijos.

Se trata de un barrio de aluvión, construido en los años 60, de iniciativa privada, con una de las densidades de construcción más elevada de Europa: 200 viviendas por hectárea, cuando en principio el proyecto presentado a las autoridades contemplaba 100 viviendas por hectárea, siendo la media de superficie de los pisos de 40 a 53 metros cuadrados. Nos hallamos ante el segundo de los rasgos distintivos de los barrios obreros: la superpoblación. Superpoblación acentuada en los primeros años por la acogida a abuelos y parientes recién llegados del pueblo, además de los “pupilos” a los que se les alquilaba una cama para poder hacer frente a las “letras” (los pagos del piso).

No es de extrañar, pues, el comentario del sacerdote que en aquellos años estaba en la única parroquia del barrio:

Yo alguna noche he ido cuando había algún enfermo para que le diera la unción de los enfermos, el viático; recuerdo una vez que me llamaron por la noche, todo eran camas, un colchón por aquí, otro por allí... y tuve que llegar a la habitación del enfermo casi pisando niños, mirando a ver dónde ponía el pie para no pisar a ninguno, porque eran 6 ó 7 en una casa de 2 habitaciones, una para el matrimonio, otra para las niñas y los demás, si había abuelos o lo que fuera, pues se ponían en el sofá, en el catre, por el suelo con colchones...

La falta de espacio vital en los pisos produce el tercer fenómeno que Chamboredon & Lemaire (1970) consideran característico de los barrios obreros tradicionales: la apropiación de las calles y plazas por parte de las pandillas de niños y jóvenes. Y así me lo manifestaba una chica soltera de 28 años que no vive ya con los padres en el barrio:

Nosotros éramos 4 hermanos, 3 chicas y un chico, mis padres y mi abuelo, que estuvo viviendo con nosotros una temporada, y vivíamos en un piso de 2 habitaciones; las chicas dormíamos en literas en la habitación pequeña, mis padres en la habitación grande y mi hermano en el salón, y cuando estaba mi abuelo dormía en la misma habitación que nosotras. Yo estudiaba por las noches en la cocina y, a veces, en el salón, y cuando empezaba a hacer buen tiempo al parque, por eso estaba yo siempre tan morena, en cuanto llegaba el buen tiempo los parques eran nuestros.

Ciertamente, es de notar que cuando llega el buen tiempo, con la eclosión primaveral se aprecia el aumento de gente en las calles y plazas, y no digamos en el parque central del barrio conocido como “El Hormiguero”, calificativo de por sí suficientemente significativo que no necesita comentario alguno.

La generación de los abuelos de la que voy a hablar es la que nació en los años 1920-1930, es decir, son los que ahora tienen entre 65 y 78 años aproximadamente, que llegaron a Madrid en los años 60, recién casados y con hijos pequeños, a “buscarse la vida”, “a levantar la cabeza” según sus propias palabras. Este grupo de edad representa el 8% del total de la población del barrio y su procedencia es diversa: el 28,4% procede de Castilla-León, el 20,5% de Castilla-La Mancha, el 16,8% de Andalucía, el 14,1% de Extremadura y el 5,1% de Galicia. En cuanto a su ocupación profesional, la mayoría eran agricultores y ganaderos, pequeños propietarios, que pasaron a engrosar el sector de la construcción y de la industria en trabajos no cualificados, es decir, de labradores y pastores pasaron a porteros, barrenderos, taxistas, chóferes, peones de albañil y obreros sin cualificar. Su nivel de instrucción y de educación es bastante bajo. Existen en el barrio 3 centros de educación para adultos; del grupo de edad que aquí estamos considerando, son principalmente las mujeres las que acuden, como pude comprobar en dos de ellos.

Lo que más me ha llamado la atención de esta generación ha sido su capacidad para adaptarse y reciclarse a los cambios que se han producido en la sociedad española desde los años 60: una especie de “generación muelle” o “esponja” que ha ido

asimilando, absorbiendo, consciente o inconscientemente, las transformaciones, sobre todo en cuanto a valores y comportamientos personales, familiares y sociales, que se han producido en su entorno. Cambios de los que han sido protagonistas, unas veces queriendo y otras veces sin querer. Una generación que ha vivido por y para los hijos: por ellos vinieron del pueblo y por ellos, una vez jubilados, siguen viviendo en la ciudad. Su proyecto de vida ha estado siempre en función de la familia, primero de la propia, después de la de sus hijos. Resulta curioso que una vez jubilados, muy pocos son los que han vuelto definitivamente a su pueblos de origen. De todos los casos registrados, en uno solo, el matrimonio ha regresado definitivamente al pueblo, eso sí, habiéndolo hecho conjuntamente con un hijo casado, que ante la falta de trabajo en Madrid, decidió probar suerte en el pueblo.

Estamos ante una generación entera que abandonó su lugar de origen pensando en sus hijos, trabajaron todo lo que pudieron y les dejaron, para sacarlos adelante y una vez jubilados, su proyecto de vida sigue confundándose con el de los hijos, ahora a través de los nietos. Su sueño al venir a la ciudad no era el de enriquecerse, sino el de dotar a sus vástagos de un medio de vida que no fuera el que ellos conocían: el campo y el ganado. Un comentario de la ex-directora del instituto más antiguo del barrio, construido en 1969, es muy significativo a este respecto. Me contaba que en los años 70, cuando ella era directora, los profesores decidieron hacer un pequeño huerto y comprar azadas para las prácticas de Botánica, y que los padres, al enterarse, fueron a protestar multitudinariamente, porque, según sus palabras, “ellos no se habían venido del pueblo ni se mataban a trabajar para que sus hijos se mancharan las manos de tierra...”, teniendo que abandonar el proyecto. Es el único caso que recuerda de aquella época en el que los padres se movilizaron para protestar por algo relacionado con la educación de sus hijos.

El esfuerzo y el sacrificio que realizaron a su llegada a Madrid, más duro en ocasiones para las mujeres, encerradas todo el día en casa, que para los hombres que se pasaban el día fuera trabajando, se ha visto recompensado parcialmente en un mayor nivel educativo de los hijos, quienes mayoritariamente han accedido a estudios superiores o a trabajos cualificados. A falta de un patrimonio material que transmitir a los hijos que les permita iniciar y formar su propia familia de procreación como fue su caso, el único patrimonio que ellos han podido reunir y transmitir a los hijos en vida ha sido “pagarles una carrera”, diplomatura, licenciatura o formación profesional cualificada.

La desigualdad inicial que había en los pueblos entre los grandes propietarios y los pequeños propietarios ha desaparecido en la generación de los hijos, al haber logrado unos y otros facilitarles estudios. Así me lo explicaba un matrimonio de jubilados cuyos dos hijos son licenciados en Biología e Historia:

Mujer: Mira el pueblo [nuestro] sólo se compone de labradores, y los labradores, pues, los había más ricos y menos ricos, pero, ahora, los labradores ricos de allí y los obreros que se han venido aquí, pues están mejor los obreros de aquí porque ahora se juntan los hijos de unos y de otros y todos tienen estudios.

Marido: La generación nuestra, que no éramos ni ingenieros ni cosas de esas, nada más que labradores y podíamos venir aquí, pues, el que más, si conseguía [trabajar], en una oficina como yo, pero a trancas y barrancas, costando adaptarse y echándole mucho valor y mucho arte; esta generación nuestra que estábamos allí y había una diferencia económica, porque había unos ricos y otros pobres, y los ricos probablemente se hayan quedado allí porque como eran más ricos, pues podían vivir y los demás no. A los muy pocos años los que se habían situado de empleados por ahí en Seat, Pegaso, en muchísimos sitios habían superado en bienestar y probablemente en dinero a aquellos agricultores que antes eran los ricos de allí, o sea, que si habían salido porque aquello no les rendía, a los pocos años, trabajando en la industria, se han puesto por encima de aquéllos, de tal forma que a la siguiente generación les han dado estudios la mayoría de los ricos de allí y la mayoría de los que se han venido aquí porque ya tenían medios para ello. Y, ahora, nos sentimos orgullosos cuando nos juntamos en las fiestas, y menuda satisfacción saber cómo todos esos jóvenes tienen su carrera, todos, arquitectos, abogados, ingenieros, profesores... todos con una cultura, tremendo...

Mujer: Yo a mis hijos a veces les hago pasar vergüenza porque soy muy inculta. Digo, pues hijos, dichosos vosotros que os hemos dado una carrera...

La cultura, traducida en términos de un título superior, representa para ellos el bien máspreciado, la mejor dote y herencia que han podido dejar a los hijos. Es la compensación diferida en el tiempo de las dificultades y estrecheces de los primeros años, que algunas de mis informantes así comentaron: “Para mí esto fue como ir a Alemania”; “al principio muy mal lo pasamos, hija mía, muy poco que se ganaba y poco dinero que había, yo me acuerdo que íbamos a coger leña para encender la placa, lo pasamos muy mal, como estaban haciendo los pisos pues siempre había maderas y cosas de esas, y salíamos a rebuscar astillas a las obras para encender porque había veces que no lo podías comprar...”; “yo lo pasé muy mal, lo que pude llorar los primeros días, venir aquí con las criaturas sin conocer a nadie, nosotras solas...”; “yo recuerdo las llantinas de mi madre cuando llegamos aquí...”

Durante los primeros años la ilusión del retorno al pueblo fue un aliciente para muchos de ellos; la idea de volver al pueblo, una vez jubilados, alimentó y ayudó a soportar y sobrellevar la dura experiencia de la emigración. Al principio, la necesidad de ahorrar, los pagos del piso, la falta de automóvil propio, las horas extraordinarias, hacían imposible la visita tan deseada al pueblo; ahora que la mayoría tiene coche, tiempo libre, medios económicos suficientes porque el piso ya está pagado, la casa del pueblo arreglada con todas las comodidades y algunos hasta con el nicho comprado para cuando mueran ser enterrados allí, ahora, una vez jubilados, cuando podrían disfrutar de su vejez en el pueblo, los hijos aparecen de nuevo como el motivo principal que los retiene en la ciudad, como reflejan algunos de los comentarios

recogidos de una entrevista con un grupo de señoras de unos 70 años:

Mira, mi marido se murió y lo tengo otra vez en el pueblo, yo todos los ratos que tengo quisiera ir allí, claro todos los días no voy a estar en el camino porque el autocar vale dinero y mis hijos no me van a llevar, ni el yerno, ni mi hermano, antes a lo primero me llevaban más, pero ya va a hacer tres años... y yo no tengo más en la cabeza que me quiero ir al pueblo otra vez, pero mis hijos están aquí, y los hijos tiran mucho...

Esta semana hemos estao en el pueblo porque le tocaba al otro abuelo llevar a la niña al colegio, y hemos aprovechao, pero yo no estoy a gusto allí, porque me acuerdo de mi hija y de la niña y pienso que mientras yo estoy sin hacer nada en el pueblo, en Madrid podía estar ayudando a mi hija.

Primero porque eran pequeños y había que sacarlos adelante, después porque estaban estudiando y ahora porque ya se han casado. Una y otra vez los hijos parecen ser la clave para entender la historia de una generación que ha vivido su vida a través de la vida de otros, primero, la de sus padres, después, la de sus hijos y ahora, la de sus nietos. Como me decía muy expresivamente una señora “¿Qué pinto yo en el pueblo si mis hijos y mis nietos están aquí?” “Pintar”, en el sentido de significar y representar algo para los demás, es una buena metáfora que ilustra la vida de una generación que, como me decía un joven casado, “prefieren ser molestados que molestar”.

Mi padre y toda esa generación hacía un esfuerzo muy grande por sacar la familia adelante, su mujer, los hijos, poder meterse en una casa, entonces había mercado de trabajo, había posibilidad de estar trabajando desde la mañana hasta la noche y con esfuerzo conseguían sacarlo adelante, y lo que querían era darles [a los hijos] las oportunidades que no habían tenido ellos, la ilusión de todos era que sus hijos fueran a la facultad, tuviesen unos estudios, una preparación que ellos no habían tenido para poder tener un futuro mejor y ahora es el choque con la realidad, que hay gente muy preparada por todas partes y con pocas expectativas de futuro.

Estamos ante una generación cuyo proyecto de vida está indisolublemente unido al de los hijos. Éstos son los que dan sentido a su sacrificio, renuncia y privaciones pasadas; por ello, no les debe faltar de nada de lo que hoy se considera necesario para tener un nivel de vida aceptable, piso, coche, vacaciones, toda clase de aparatos electrodomésticos, etc.; de otro modo, sería como reconocer el fracaso y esterilidad de su esfuerzo personal. Esto quizás explique la continuidad de la ayuda y la solidaridad familiar a lo largo del ciclo vital de los hijos, quienes organizan y planifican su vida a partir de este presupuesto.

La densidad e intensidad de los intercambios familiares y del sistema de ayuda parental es posible, en primer lugar, por la proximidad residencial de los padres y los hijos casados. Proximidad que oscila desde vivir en el mismo portal, la misma calle, el mismo barrio o en barrios aledaños al de los progenitores.

De una encuesta llevada a cabo durante el año 1997 en el Instituto de Enseñanza Media del barrio, donde acuden además estudiantes de grupos residenciales cercanos, de características diferentes en cuanto a tipo de vivienda y nivel adquisitivo que los sitúan ya dentro de lo que podríamos considerar clase media-alta, se constata la diferencia en cuanto a la densidad de parientes viviendo cerca. La encuesta se pasó a 106 estudiantes de 3.º de BUP y de COU, del turno diurno y nocturno, de los cuales 76 vivían en el barrio y 30 fuera del barrio. De los primeros, 43 contestaron tener parientes en el mismo barrio, 29 en distinta calle y 14 en la misma calle, frente a sólo 2 casos de fuera del barrio que contestaron tener parientes en el mismo barrio y calle donde vivían. El tipo de parientes que contestaron vivían cerca eran abuelos, tíos, primos y hermanos casados, sin destacar más una línea que otra. Si bien destacan los abuelos maternos (10 casos) sobre los paternos (7 casos), en el caso de los tíos, sobresalen los paternos (16 casos) sobre los maternos (13 casos).

En otra encuesta realizada en el Centro de Educación de Adultos del barrio a un total de 31 mujeres de 40 a 65 años, de las cuales 26 vivían en el barrio, los resultados fueron: de 17 que contestaron tener parientes en el mismo barrio, 7 los tenían en distinta calle y 10 en la misma calle, mientras que sólo en un caso de las que no vivían en el barrio contestaron tener parientes viviendo cerca de su residencia. En cuanto al tipo de parientes, esta vez, dada la edad de las encuestadas, predominan los casos de hijos casados (10 respuestas), hermanos (4), padres (3) y cuñados (2).

Por otra parte, de las entrevistas personales y de grupo hasta ahora realizadas (un total de 17), así como de las conversaciones informales, he recogido 44 casos de situaciones co-residenciales entre parientes, de los cuales 23 corresponden a los de hijos casados viviendo en el mismo barrio que los padres, de los cuales 8 viven en la misma calle y 2 en el mismo portal; 9 de hijos/as solteros/as, de los cuales 2 viven en la misma calle y 2 en el mismo portal que los padres; 6 casos de hijos casados viviendo con los padres; 3 casos de hijos casados viviendo en barrios limítrofes al de los padres y 3 casos de otros parientes viviendo también en el barrio pero en diferentes calles (2 de hermanas solteras y 1 de tía/sobrina).

El resultado es una tupida red de parentesco tejida entre padres, hijos y hermanos, disponible las veinticuatro horas del día que permite sobrellevar los conflictos, los problemas y los inconvenientes que surgen en la vida cotidiana y a los que la organización burocrática y formal de las instituciones públicas no ofrece respuesta inmediata. Sirva de ejemplo el caso de un anciano que salió a pasear por la mañana y cuando volvió a su casa a comer encontró el ascensor estropeado, pues simplemente se fue a comer a casa de la hija que vivía en la misma calle en el portal siguiendo al suyo, donde esperó a que arreglasen la avería para regresar a su casa. Es decir,

no es necesario tener grandes problemas para recurrir a un pariente; precisamente el valor de esta relación está en la solución a estos pequeños incidentes que surgen en el día a día y que acaban facilitando la organización del “entorno social inmediato” del individuo, según el concepto de Elizabeth Bott (1957), creando la sensación de seguridad y protección.

En general, la relación entre los padres y los hijos casados se caracteriza por un mutuo interés positivo, derivado de la obligación moral que siente cada parte respecto a la otra. Obligación moral que se traduce en ayuda material y afectiva, que varía según la etapa del ciclo vital de padres e hijos y según la situación laboral de estos últimos.

La ayuda material que suponen los servicios que prestan los padres a los hijos casados es fundamental para comprender la paradoja que muchas veces aparece en el contexto obrero entre la capacidad adquisitiva real y el nivel o estilo de vida más propio de otras clases sociales. La ayuda de los padres se mantiene unas veces al nivel de lo que algunos antropólogos llaman “ayuda de subsistencia”, es decir, la ayuda que tiene como objetivo reforzar y asegurar el *status* social contra los imprevistos y accidentes de la vida (paro, enfermedad) que pueden llevar al borde de la exclusión social, y, otras, de la “ayuda de promoción”,¹ que busca mejorar la posición social y, si es posible, ascender en la escala social, de acuerdo con su formación profesional e intelectual, para lo que se hace imprescindible en la mayoría de los casos que trabajan los dos miembros del matrimonio joven.

Los tipos de intercambios de bienes y servicios que fluyen de una generación a otra son principalmente: ayuda financiera, ayuda en alojamiento, ayuda para el equipamiento doméstico, ayuda durante las vacaciones, atención y cuidado de los niños, ayuda doméstica de la madre o la suegra y otras ayudas de hermanos y parientes colaterales.

La ayuda financiera se concentra en los inicios de la vida matrimonial y va destinada principalmente a la adquisición de una vivienda para la nueva pareja. En este caso existen varias modalidades de ayuda: una puede ser darles el dinero necesario para “la entrada” del piso, que sería el equivalente a la dote, puesto que no exige devolución, o a un anticipo de la herencia; otra, prestarles el dinero sin interés para su compra, evitando así pedir un crédito al banco, y también, permanecer junto a ellos hasta que ahorren lo suficiente como para poder disponer de vivienda en pro-

¹ PITROU, A. (1997), “Le soutien familial dans la société urbaine”, *Revue Française de Sociologie* XVIII: 47-84.

piedad. Como se desprende, la importancia económica de este tipo de ayuda no está tanto en el desembolso económico de los padres, sino en el ahorro que supone para los hijos. Lo mismo ocurre cuando trabaja el matrimonio joven y uno o los dos van a comer al barrio; en lugar de hacerlo en su propia casa, la costumbre es ir a casa de los padres de él o de ella, dependiendo de quiénes sean los que viven en el barrio. En caso de vivir ambos, lo que hacen es turnarse por días o semanas.

Así lo expresaban alguna de las mujeres entrevistadas:

Mi hija, cuando se casó, mi marido le dio para la entrada del piso, y si hubiera tardao más en casarse a lo mejor se lo había pagao entero. Se casaron y dijeron que no, que ellos lo iban pagando y ellos lo pagaron. Mi marido les dijo: "esperáis 2 ó 3 años y nosotros os damos la casa". Pero dijeron que no, y, entonces, ellos terminaron de pagarlo.

Mi hijo se casó y se vino a vivir con nosotros a una habitación, luego nació la grande y, cuando se quedó en estado de la pequeña, ya cogieron un piso, y mi marido le prestó, bueno, le dio, porque como era hijo solo no se lo cobró, no sé si fueron 200 ó 300.000 ptas y enseguida les dieron las llaves.

A mi hijo el suegro le dio 200.000 ptas, pero se las ha tenido que devolver porque como tiene más hijos...

La ayuda para el equipamiento doméstico se presta sobre todo al principio de la instalación de la pareja y con ocasión del nacimiento de los hijos, a través de los regalos que se hacen con ocasión de la boda, los bautizos, las primeras comuniones y fechas señaladas como Reyes, aniversarios, días del padre y de la madre, etc. Cualquiera de estas ocasiones es buena para ir completando los pequeños detalles del mobiliario doméstico de la casa de los hijos, desde el vídeo hasta el teléfono inalámbrico, pasando por el microondas, la freidora, etc.

La ayuda durante las vacaciones consiste principalmente en pasar las vacaciones con los padres en la casa del pueblo, costumbre que se practica hasta que los nietos cumplen 15 ó 16 años, edad en la que ya no quieren ir porque tienen en el barrio sus pandillas de amigos. Lo más frecuente es que los matrimonios jóvenes se trasladen con sus hijos a la casa de los padres durante el mes de vacaciones estivales, pero también se da el caso de enviar a los niños con los abuelos al pueblo nada más darles las vacaciones escolares para reunirse luego allí con ellos el mes de julio o agosto.

Hay otro tipo de prestaciones que hacen los padres a los hijos casados que difiere de lo expuesto anteriormente en que no se trata de bienes tangibles –dinero, casa, enseres domésticos–, sino de servicios, siendo *la atención y cuidado de los niños* el apartado más relevante. Hay varias posibilidades de practicar esta ayuda dependiendo de la edad de los nietos, la situación laboral de la hija o nuera y la proximidad residencial. Si trabajan los dos, cuando a la mujer se le acaba el permiso maternal, la

madre o la suegra es la que se desplaza al domicilio del matrimonio joven para cuidar al niño, hasta que llegan los padres; cuando los nietos ingresan en la escuela infantil, son los abuelos los que se encargan de llevarlos e irlos a buscar a la salida y tenerlos en su casa hasta que llegan los padres; cuando se incorporan a la enseñanza primaria y media, comen y meriendan en casa de los abuelos. Si los que viven en el barrio son tanto los abuelos paternos como los maternos, se turnan por semanas o días para atender y cuidar de los nietos.

Cuando los hijos no viven en el mismo barrio, sino en barrios cercanos, y los nietos ya están escolarizados, o bien pasan todo el día en casa de los abuelos y los recogen por la noche, o bien pasan toda la semana y los recogen el viernes por la noche hasta el lunes por la mañana.

También se da el caso de vivir los nietos, sobre todo los primeros, permanentemente con los abuelos, como era el caso de esta señora, cuya hija casada vivía en el mismo barrio:

Yo, cuando nació mi nieto el mayor, mi hija estaba trabajando, y, entonces, yo iba por las mañanas a buscarlo, y en invierno y todo con el frío que hacía. Entonces dijo mi marido: "Mira, si queréis traéis la cuna para acá, la ponemos en nuestra habitación y tu madre que cuide de él, porque eso de levantarse tan temprano para ir a buscarlo con el frío que hace, no puede ser". Y dijeron que sí, y a mi nieto lo he criado yo en mi casa hasta que tuvo 11 años, y luego, como venían a verme, yo hacía las compras a mi hija, se quedaban a cenar y muchas veces llevaba comida de la que yo hacía.

Experiencia corroborada por esta otra informante:

Yo he ayudado mucho a mi hijo también, porque mi nieta era pequeñita, y ella [la nuera] se iba a trabajar, y yo me quedaba con ella y hacía las compras, y luego, cuando nació la pequeña y les daban las vacaciones de Semana Santa, de Navidad, de verano, pues peleando con las dos. Ahora ya no, porque la grande tiene 16 años y la otra 13 y ya se pueden criar sin madre, pero mucho he peleado yo con ellas.

Dentro de este capítulo de prestaciones de servicios destaca también *la ayuda doméstica de la madre o la suegra*. Este tipo de ayuda es lo que los informantes, sobre todo las mujeres, llaman "echar una mano" y se refiere a tareas puntuales que dependen de etapas claramente relacionadas con el ciclo doméstico de la pareja: nacimiento del primer hijo, enfermedad de la hija, ausencia del marido, etc. Puede ir desde hacer las compras a la hija, a poner la lavadora, tender la ropa, retirarla, planchar, llevarle la comida ya hecha... Este tipo de asistencia la suele realizar más la madre que la suegra, porque generalmente se da al principio de la vida en pareja, cuando todavía la mujer no tiene la suficiente confianza como para acudir a la suegra.

Por su parte, el padre suele ser quien se encarga de determinados servicios de tipo burocrático que se han de realizar en horas de trabajo de los hijos. Por ejemplo, lle-

varles la declaración de la renta a Hacienda, pagar los impuestos del coche y de la vivienda, presentar la solicitud de plaza para los niños ya sea en escuelas infantiles o en centros escolares, pagar los recibos de la luz, el agua, el gas, esperar en el domicilio de los hijos cuando ha de ir algún cobrador, pasar información sobre reparadores e instaladores domésticos como fontaneros, electricistas, pintores, etc., pedirles presupuestos y estar presentes cuando van a realizar la obra, y una infinidad de pequeñas tareas o “chapuzas”, que, al estar el matrimonio joven trabajando, no podrían realizar más que pidiendo permisos o esperando a los fines de semana.

Desde luego, no hay duda de la importancia que este sistema de prestaciones y asistencia familiar de los padres supone en la economía doméstica de los hijos casados, pues les permite mantener a veces un estilo de vida por encima de sus posibilidades reales. Este trabajo entra perfectamente en la categoría de “trabajo invisible” que M.^a Ángeles Durán utiliza aplicado al trabajo doméstico no remunerado de la mujer. Según esta autora, si el trabajo no remunerado que realizan las mujeres en sus casas se valorase de modo similar al remunerado, o simplemente al 80% de su valor medio, el Producto Interior Bruto español aumentaría un 162%.² ¿Qué ocurriría si hiciéramos lo mismo con las actividades que realizan los padres para sus hijos casados?

No hay que olvidar tampoco el apoyo moral que los padres prestan a los hijos, principalmente, en caso de separación o divorcio y en situaciones de madres solteras. No es raro encontrar familias extensas compuestas por la hija separada con los niños pequeños o por el hijo separado, que viven con los padres, lo que explica el escaso número de familias monoparentales en el barrio.

La obligación moral de ayudar a los hijos se ve en cierta manera recompensada cuando son los padres los que necesitan la asistencia de los hijos. La cercanía residencial, buscada tanto por los padres como por los hijos, facilita el cuidado de los mayores cuando éstos ya no pueden defenderse por sí mismos. Las soluciones son varias: desde irse un nieto a pasar las noches con ellos, hasta las visitas diarias de la hija y, en casos de extrema necesidad, llevárselos a casa, sobre todo cuando muere la mujer y queda solo el marido. Las residencias de ancianos comienzan también a ser solicitadas, especialmente cuando los mayores ya requieren cuidados especiales por enfermedad o pérdida de la consciencia. Si bien aún no he recabado datos al respec-

² M.^a Ángeles DURÁN HERAS (1996), “El trabajo invisible en España: aspectos económicos y normativos”, *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada* (Madrid) 105: 137-157.

to, llama la atención que sean los propios padres los que justifiquen la decisión de los hijos de llevarles a una residencia. Es como una especie de autoconvencimiento, de preparación y prevención para cuando llegue el momento. Así lo que para ellos resulta “normal” y “natural”, haber dedicado toda su vida a sus hijos y a sus padres cuando fue necesario, no lo encuentran tan “normal” ni “natural” cuando se trata de comprender la conducta de los hijos hacia ellos. He aquí la forma de percibir este problema por parte de un hombre ya jubilado, que vive con la mujer y tiene dos hijos:

La primera generación de emigrados somos nosotros. Entonces, nuestros padres no entraban por lo de las residencias, los asilos, que entonces se decía. Mi madre, por ejemplo, lo tenía pánico, pero eso va evolucionando; yo creo que por obligación o porque vemos que puede llegar, por la necesidad, por el modo de vivir, que trabaja todo el mundo, trabaja el marido, trabaja la mujer. Nosotros si un día nos hacemos mayores y no podemos, ¿quién nos va a atender? La hija no puede porque trabaja, los nietos estarán estudiando y el otro hijo tendrá que ir a su trabajo y atender su casa... Por eso nosotros aceptaríamos mejor eso [ir a una residencia]. Parece que nos estamos haciendo a la idea de que nuestros días posteriores o últimos, o como los queramos llamar, tengan que ser en un sitio de éstos, porque en casa no nos podrán atender. Luego vienes a estas casas que están lo justo, que parece que no caben: cuando mi madre estuvo aquí, también estaba un tío político mío, y como sólo había dos habitaciones, en una dormía mi madre y en otra mi tío, y el matrimonio y los niños dormíamos en el comedor y eso puede crear problemas en el matrimonio.

Sorprende que aludan a la falta de espacio para tener a los padres en casa cuando en las mismas condiciones, puesto que el tamaño de los pisos no ha variado, ellos sí se hicieron cargo de sus padres. Igualmente resulta llamativo que justifiquen el “echar una mano” a los hijos por necesidades económicas y, al mismo tiempo, utilicen el criterio de la solvencia económica para justificar a los hijos que mandan a los padres a una residencia, porque, según ellos, ya no necesitan la herencia paterna como antiguamente.

Es que antes se quería lo de los padres: las tierrecitas del padre, los muebles, las sillas. Parecía que todo venía bien. Antes había más necesidad y ahora, a lo mejor, no se necesita tanto; como trabajan los dos, pues ganan dinero. Es igual que los matrimonios, ahora se separan más fácilmente que antes; antes aguantaba el marido o aguantaba la mujer; parece que era la mujer la que más aguantaba al marido, porque era el marido el que llevaba la voz cantante, el que ganaba el dinero, ahora que lo gana la mujer, la mujer no aguanta al marido... y entonces fácilmente se pueden separar. ¿Por qué? Porque el nivel económico cuenta también. Tienes más libertad porque tienes más medios, como no necesitas el piso de tus padres no los tienes que aguantar... No como antes, que incluso te llevabas a unos tíos para ver si luego te dejaban algunas tierras; antes eso se llevaba muchísimo, ahora no.

La percepción que los padres tienen de esta última etapa de su ciclo vital y de lo que pueden esperar de sus hijos evidencia la fractura entre las condiciones de vida y los valores de una y otra generación. Lo que para ellos hubiera sido injustificable, llevar a sus padres a una residencia, lo encuentran justificable cuando se trata del comportamiento de sus hijos hacia ellos. De nuevo, los intereses de los hijos se superpo-

nen a los suyos propios, y hasta el final siguen viviendo para los otros más que para la realización personal. Es una generación estructuralmente invisible, cuyo *ethos* del sacrificio, la renuncia y la austeridad les ha hecho vivir en un continuo extrañamiento de sí mismos en aras del bienestar de sus hijos y nietos. Y así lo reconocía un hombre joven de 35 años:

Aquí, los que han trabajado duro ha sido la gente que tiene ahora entre 60 y 80 años. En este barrio y en el resto de España. Ésos son los que han hecho el país: vinieron de los pueblos, llegaron aquí y levantaron la ciudad, ellos fueron los que pusieron la espalda para todo. En nuestro caso para que pudiéramos estudiar, o tener un piso para podernos casar, y para ello han aguantao carros y carretas...

BIBLIOGRAFÍA

- BOTT, E. (1990), *Familia y red social*, Madrid: Taurus.
- CHOMBART DE LAUWE, P. H. (1956), *La vie quotidienne des familles ouvrières*, París: CNRS.
- DURÁN, M.^a Á. (1996), "El trabajo invisible en España: aspectos económicos y normativos", *Documentación Social* 105: 137-157.
- FIRTH, R. (ed.) (1956), *Two Studies of Kinship in London*, Londres: The Athlone Press.
- LE WITA, B. (1994), "Familles dans la ville", *Terrain* 3: 32-27.
- PITROU, A. (1977), "Le soutien familial dans la société urbaine", *Revue Française de Sociologie*: 47-48.
- REQUENA SANTOS, F. (1994), *Amigos y redes sociales. Elementos para una sociología de la amistad*, Madrid: CIS.
- RODRÍGUEZ, J. A. (1994), *Envejecimiento y familia*, Madrid: CIS.
- SCHWARTZ, O. (1990), *Le monde privé des ouvriers*, París: PUF.
- VERRET, M. (1995), *L'espace ouvrier*, París: l'Harmattan.
- YOUNG, M & WILMOT, P. (1957), *Family and Kinship in East London*, Londres: Routledge and Kegan Paul.